

Tomo 7º
— falta el nº 9 —



LA QUINTA DE PEÑALBILLA.

Descripcion de una colonia agricola, que hace á sus nietos el abuelo.

(Continuacion.)

Las luchas y contradicciones que he tenido que sufrir han sido tales, que, á no tener tanta fé en mis convicciones, más de una vez hubiera abandonado del todo mis proyectos. Los padres de cada uno de los jóvenes que habia escogido eran otras tantas rémoras que á cada momento querian retirar sus hijos con los más fútiles pretextos. Entre los que por egoismo debian favorecerme, no encontré apoyo de ninguna clase, ántes una guerra sorda y sin tregua; se mostraban los más indiferentes á mi persona; se encogian de hombros cuando se les hablaba de mis trabajos. Los desocupados tenian conmigo un manantial inagotable para sus conversaciones; mi persona era el tema obligado sobre que recaian de continuo una lluvia de chistes en las reuniones de plazas y coci-

nas. Los antiguos amigos de familia, los que se llamaban adictos á mí, me creian falto de juicio, y me veia precisado todos los días á escucharles un sin número de consejos y la omnimoda reprobacion de la marcha que seguia.

Por fortuna no desistí de mi propósito, ni me abandonaron jamás las fuerzas. Despues de Dios, á Irene le debo la perseverancia en la obra y el haber realizado las dos primeras partes de mi programa. Hoy vienes tú á presenciar la realizacion de la tercera, y si te sientes con fuerzas y tienes voluntad, á seguir mi camino uniendo tus esfuerzos con los míos para dar cima á grandes empresas que levanten este país á una envidiable altura, haciéndole el modelo de las regiones agricolas.

Capítulo IV.

Eran las cinco de la mañana del día siguiente al de mi llegada cuando los hijos de Juan entraron en mi habitación á despertarme. Habíamos convenido en salir en las primeras horas del día á recorrer aquellos sitios donde su padre y yo tanto habíamos gozado en los días de nuestra niñez: el día anterior se había empleado en mi descanso y en contarnos circunstancias de las que durante nuestra separación nos habían ocurrido; además Juan me había enseñado su casa, dejando para el día siguiente el empezar á recorrer los campos. Era preciso ver en qué se habían transformado aquellas peladas rocas y profundos barrancos, tan dulces para nosotros, por más que en sí eran bien poco encantadores.

Con el agradable fresco de la mañana, y entretenidos dulcemente con la narración de mil historias del tiempo de nuestra separación, llegamos al cabo de media hora al término de la expedición. Tan absorto iba yo en la conversación, que ni siquiera me había fijado en los accidentes del camino. Por otra parte, habíamos subido bastante despacio, y la senda era tan llana y espaciosa, que no había tenido ocasión de distraerme, ni aún de recordar las peligrosas sendas por donde en otro tiempo subíamos por aquellos inaccesibles riscos. Fué necesario que Juan me llamara la atención, haciéndome notar lo que puede el arte dirigido por una inteligencia clara y una voluntad firme.

—¿No te llama la atención,—me dijo,—lo suave de esta pendiente?

—Es verdad. ¡Qué diferente es este hermoso camino de la antigua senda!

Hemos subido sin molestia ninguna desde la casa hasta la cumbre de la montaña.

—Esta es mi primera obra. Dicen que los caminos son las arterias de los países. Así es, y yo diría mejor que son su alma. Un país sin caminos, es un cuerpo sin alma, donde toda vida y movimiento son enteramente artificiales.

—Sin duda has querido tú que esta hacienda tenga una vida exuberante y un extraordinario movimiento, puesto que has procurado, según veo, que tenga un alma muy grande, y le has hecho un camino de lujo. Me parece que has puesto aquí algo más de lo necesario.

—No lo creas. El capital que se gasta en caminos es muy productivo. Lo que yo he gastado y gasto en construir los caminos de esta posesión y conservarlos en buen estado, me produce un tanto por ciento considerable en la conservación de carros y bestias, y más que todo en la prontitud con que hago los trasportes, y en otro sin número de ventajas que sería largo enumerar.

—Bien; pero no concibo que los árboles, que con tanta profusión has plantado, puedan servir más que de adorno. Y de seguro no habrás tenido la pretensión de hacer un paseo de capital.

—Todo lo contrario. Estos árboles están aquí, no como adornos, sino como objetos de utilidad y aún necesidad. Cuando en los meses de calor van de una parte á otra mis jornaleros, pueden caminar siempre á la sombra, con lo cual se fatigan ménos y adelantan más en sus tareas. Mis ganados tienen por todas partes donde sestar,

y cuando se trasladan de un punto á otro encuentran buenos caminos, con alguna hierba que ir pastando, y en la caída de la hoja les proporciono, sin gasto alguno, un abundante cebo. Con esto hemos logrado mejorar notablemente la calidad de las carnes y de las lanas. A estas dos ventajas tienes que añadir que el arbolado quiebra la fuerza de los vientos, favorece la lluvia deteniendo las nubes y evita la evaporación. Además, los pájaros encuentran en él su casa siempre dispuesta. ¡Qué error tan grande el de los que creen á los pájaros perjudiciales á la agricultura! A cuenta de una cantidad insignificante de grano que pueden robarnos, destruyen un sin número de insectos, se comen la semilla de muchas hierbas que impiden el desarrollo de los cereales, proporcionan á nuestra mesa regalada comida y un agradable entretenimiento con la caza para los ratos de ocio. Mucho más po-

dria decirte en defensa de los árboles; pero me contentaré con manifestar que los árboles no tienen desperdicio, pues una parte del pasto de mis ganados, los materiales para los aperos de labor, y la leña para mis hornos y cocinas, sale de los que hay en mi hacienda, y en particular de los que ves á lo largo de los caminos.

—Convicto y confeso. Vamos á la cumbre, que ya tengo vehementes deseos de contemplar desde aquel sitio el país donde tanto he gozado y que tantas veces he visto en sueños.

Cuando puse el pié en la meseta de la montaña, vi que habia cambiado algo de aspecto; estaba perfectamente llana; la hierba la cubria toda, y en medio habia un espesillo, al cual nos dirigimos. Al penetrar en él me conmoví.

(Se continuará.)

C. L. E.

Cuentos Infantiles.

XXII.

—¿Cuántos sacramentos hay?
—Señor maestro... ya ninguno.
—¿Cómo así?

—Porque á mi tia
Le dieron ayer los últimos.

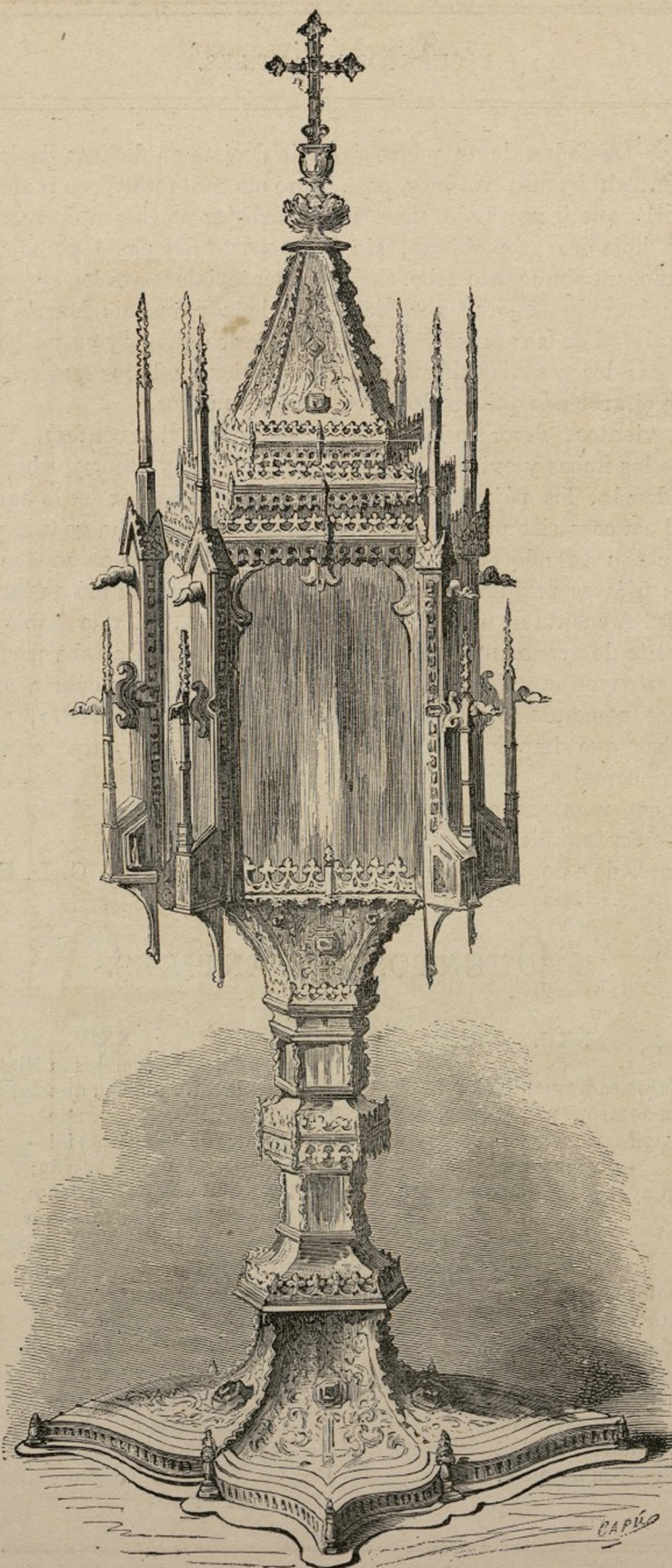
XXIII.

Con acaloradas frases
Y en política porfía
Exclamaba Juan Megía:
—¡Qué escándalo! ¡Ya no hay clases!—
Lo escucharon sus chiquillos
Cuando estaban estudiando,
Y la frase interpretando...
A clase hicieron novillos.

XXIV.

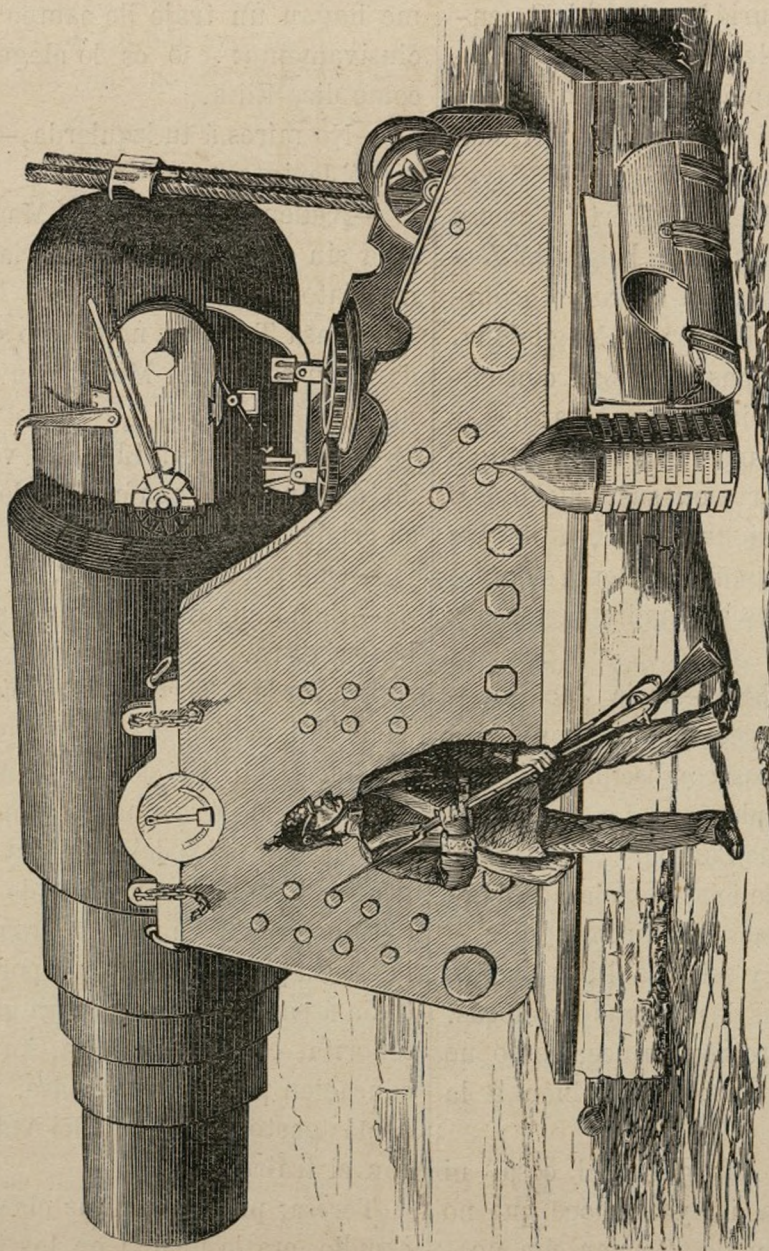
—Si no te aprendes la Historia,
Le dijo á un niño su abuela,
¡Te sacaré de la escuela
Para tirar de una noria!—
No sé si atendió á la riña;
Pero el domingo siguiente,
Paseando el niño inocente
Por una fértil campiña,
Vió por una valla ó puerta
Que una mula trabajaba
En una noria y sacaba
El riego de aquella huerta.
Quedóse con atencion
Fijo en tan rudo trabajo,
Y murmuró por lo bajo:
—No se supo la lección...

M. OSSORIO Y BERNARD.



RELICARIO GÓTICO DEL SIGLO XV DE LA CATEDRAL DE TOLEDO.

ADELANTOS GUERREROS.



El reinado de la fraternidad y de la paz se halla por desgracia tan lejos, que el hombre aplica hoy toda su inteligencia y toda su actividad en perfeccionar los medios de su propia destrucción. La lámina que hoy publicamos representa la pieza más cosal que hasta la presente se ha construido, —el cañón de mil libras,—y figuró en la Exposición universal de París de 1867.

Cada disparo de esta pieza está calculado en 4.000 francos, cifra que demuestra con bastante elocuencia los sacrificios inmensos que las naciones se imponen para poder conservar la supremacía de sus medios de defensa.

LOS ÚLTIMOS SERÁN LOS PRIMEROS.

Cuando murió la señora de C., entre sus papeles se encontró el siguiente ejemplo, que juzgo oportuno dedicar á los lectores de LA NIÑEZ.

«En una hermosa tarde de Mayo, la duquesa de Monte Fértil, deseosa de respirar las puras brisas del *Retiro*, se apeó de su carruaje acompañada de Jacinta y Magdalena.

Las dos niñas hablaban con expansion propia de los pocos años, y la Duquesa, madre de Jacinta, que parecia absorta en sus reflexiones, no perdía ni una palabra de sus jóvenes compañeras, atenta siempre á los deberes de madre cariñosa y vigilante.

—Ya sabes,—decía Jacinta;—mamá me permite que convide á todas nuestras condiscípulas el día de mi cumpleaños. Lo pasaremos en la Casa de Campo.

—¡Qué delicia!—exclamó Magdalena;—¡nos reuniremos diez y seis!—Diez y seis diablillos sueltos sin las trabas de nuestras directoras.

—No, seremos quince; como no pretendas convidar tambien á la *Cenicienta*.

—Nunca imaginé tal cosa, ni ella querría ir; ya conoce que no está en tren de alternar con nosotras fuera del colegio. Tu madre pedirá permiso á la mia, ¿verdad? Haz que lo pida pronto. Quiero que

me hagan un traje de campo exclusivamente: eso es lo elegante, como dice Elisa.

—No mires á tu izquierda,—observó Jacinta.

—¿Quién es?—preguntó Magdalena sin atreverse á contrariar el mandato.

—Pasa Teresa y no quiero saludarla en este sitio. Mírala con disimulo.

—¡Qué ridícula! Lleva el vestido dominguero confeccionado por su criada.

—Que parece su madre.

—Como que no tiene otra la pobre criatura.

Era verdad. Teresa, ó *Cenicienta*, como la llamaban sus condiscípulas, era huérfana. Hija de noble familia, habia perdido á sus padres, que murieron arruinados dejando á la desgraciada niña al cuidado de una antigua criada sin más recursos que la escasa pension destinada por Antonia á pagar el colegio para que su señorita, como ella decia, tuviera educacion propia de su clase. A los demás gastos atendía la fiel Antonia con el trabajo.

Teresa, primera en las clases de estudio, era la última en las horas de recreo. Sus compañeras se burlaban llamándola *Cenicienta*, porque vestía humildemente y carecía

de bienes de fortuna. Por la misma razon Jacinta y Magdalena evitaron su saludo en el Retiro.

La Duquesa, que lo habia observado, dijo á las dos amigas:

—¿Por qué os avergonzais de saludar á esa niña que es buena y aplicada?

Jacinta y Magdalena se miraron sin atreverse á contestar.

—Y tú, hija mia, —añadió la madre dirigiéndose á la primera, —tú que pretendes mortificar á la pobre Teresa excluyéndola de la fiesta que preparas, escucha con atencion lo que voy á contarte, y quiera Dios que nunca lo olvides.

Y sentándose en un banco de piedra con las dos niñas, la Duquesa continuó:

—Teodora, que es hoy mi mejor amiga, hizo un viaje al extranjero con su marido, el conde de Alberola, el primer dia de su matrimonio. La madre del Conde, noble anciana, más conocida por sus virtudes que por su alta alcurnia, vivia con su hijo, y durante la ausencia de los recién casados, la Condesa viuda, debilitada por la edad, necesitaba á su lado una persona de confianza.

Teodora, que sabía el inmenso cariño que el Conde profesaba á su madre, lo habia previsto todo, y propuso para el cuidado de la an-

ciana á su compañera de colegio María, huérfana desgraciada, y como vuestra *Cenicienta*, sin más dote que su esmerada educacion. La Condesa viuda tenía favorables noticias de la jóven: admitió gustosa su compañía, y como era buena, la trató maternalmente.

María, que no se separaba nunca de la anciana, durmiendo en la misma habitacion y comiendo en su mesa, pronto tuvo ocasion de probar cómo sabia corresponder á su cariño. La Condesa sufrió una penosísima y repugnante enfermedad que duró casi tanto como la ausencia de sus hijos, y la jóven pasaba el dia y la noche al lado de la enferma sin compartir con nadie sus cuidados. El afecto de la anciana hacía María se aumentó con la gratitud, y satisfecha de sus atenciones no permitió que avisaran á los recién casados por no turbar la dicha que disfrutaban. Cuando regresaron de su viaje, la madre se hallaba restablecida, y habló á sus hijos de María como se puede hablar de los ángeles. El Conde y Teodora dirigieron á la jóven palabras cariñosas, y segun los deseos de la anciana, María continuó á su lado.

(Se concluirá.)

GONZALO DEL RIO.

ACTUALIDADES.

Algunos de nuestros suscritores de Madrid nos preguntan dónde podrán encuadernar los tomos de *LA NIÑEZ* con economía y elegancia. A su consulta contestaremos que todos los trabajos que directamente encomendamos á don José María Calahorra, que tiene su taller en la calle de Juanelo, núm. 22, los ejecuta dicho señor á completísima satisfacción nuestra.

*
* *

Acompaña á este número el pliego 13 de la *Galería biográfica de artistas españoles del siglo XIX*, sin lámina, por un percance ocurrido al artista que la grababa, cuando ya la estaba terminando.

*
* *

En el teatro de la Comedia se ejecutan algunas obras del repertorio en estas noches, por no haber sido del agrado del público *La elocuencia del silencio*. En cambio ha gustado mucho, y con razón, *El muerto al hoyo...* proverbio perfecta y graciosamente dialogado por D. José Maíquez y Fenoquío. Se ensayan activamente *Cariños que matan* y *El arte de pedir*.

*
* *

De un momento á otro se representará en el teatro Español el drama *Venganza cumplida*.

Como fin de fiesta, y muy agradable, se ha estrenado *Un drama en una venta*, original del Sr. Utrilla.

*
* *

En Lara, pocas novedades. La última que registra es un gracioso juguete cómico del señor Navarro y Gonzalvo, titulado *El nombre obliga*.

*
* *

Se han repartido los cuatro primeros cuadernos, tomo segundo, de la nueva y admirable edición de los *Episodios Nacionales*, del Sr. Pérez Galdós. En dichos cuadernos adelanta mucho la novela *El 19 de Marzo y el Dos de Mayo*, brillantísima pintura de los costumbres españolas de principios del siglo, hecha por el señor Galdós y realzada por el lápiz de los señores Mérida.

No puede llevarse más lejos el lujo de una edición ilustrada.

*
* *

Ha vuelto á funcionar en el Liceo de Capellanes la compañía de verso y zarzuela que tan brillante campaña hizo en los últimos meses del año anterior.



Aunque es muy pobre,—tiene Juanito—un fiel y noble—constante amigo.—Él le acicala,—le hace cariños—y á todas partes—lleva consigo,—dándole siempre—sin egoísmo—de su comida—lo mejorcito.—¿No ha de quererle,—Palomo al niño?—

El dibujante,—que ha sorprendido—el fiel retrato—de ambos amigos,—nos lo remite—para los niños—que á esta Revista—se hallen suscritos.